



La miseria oculta

Todo progresa con el andar de los tiempos y el poder vergonzante que ayer se ocultaba en las sombras de la noche para tender la mano al transeunte, cede lugar al que se anuncia en los diarios y da las señas de su domicilio para no tener la molestia de ir en busca de la generosa dádiva.

El mendigo achacoso, lleno de lacras, que con una pierna al aire ó mostrando el muñón de un brazo amputado se exhibía en las puertas de las iglesias, implorando caridad con voz lastimera, ha sido substituído por el mendigo de corbata y cuello de papel que se anuncia en los diarios como un profesional cualquiera.

Los mendigos pintorescos, arrancados á un grabado de Doré, ya no andan por esas calles, diciendo la tristeza de las cosas caídas. Uniformados y

tristes, sólo se les puede ver en los claustros y patios de los asilos que la beneficencia oficial les depara. La calle ya no puede prestarles el seguro albergue de otros tiempos. Ahora no hay espacio para ellos en medio de la agitación tumultuosa del vivir contemporáneo, en que la gente no se detiene á escuchar la cuita lamentable del vencido de la vida.

Al lado de los que verdaderamente necesitan de la ayuda de una mano generosa para vencer momentáneas dificultades, ó al lado mismo de los que hacen de la bondad ajena una fuente de recursos, existen los de la miseria rayana en degradación, los que bordean el abismo del vicio, los que en un momento de abandono arrojan por la borda el lastre peligroso de una moral atávica.

Frecuentemente los periódicos de las grandes capitales ofrecen datos elocuentes sobre esta manera de encarar la vida por parte de algunos desesperados de la civilización, gente que ha llegado al límite extremo de sus sufrimientos y que no se resigna á ser víctima sin haber intentado la libertación suprema. La prensa francesa, la alemana, ofrecen día á día ejemplos de esas caídas lamentables en la forma más gráfica posible: entre los avisos, donde cada una de las víctimas ofrece la impudicia de su porvenir destrozado, como en una nueva subasta de carne humana donde el objeto en venta se expusiera ante las curiosas miradas de los compradores.

Miseria, ciertamente; pero, un poco de vicio también. La plétora malsana de las grandes capitales que rebosa del límite donde pretende encerrarla la hipocrésia social, hace irrupción en las columnas de la prensa periódica que no debiera mancillarse hasta bajar á ser la intermediaria consciente de tales contubernios vergonzosos.

Hasta hace muy poco tiempo era esto sólo en ciertos países europeos, donde el cosmopolitismo

absorbente anulaba las cualidades intrínsecas de la raza, donde la aglomeración de muchas morales acababa por destruir la esencia del pudor, empujando á muchos á las más extrañas claudicaciones. Francia, especialmente, y en ella París, lugar donde se resume todo el bien y todo el mal de la Europa agitada en la convulsión dolorosa del fracaso de un ensueño de vida, ha sido hasta ahora el punto donde esos hechos se han ofrecido en mayor cantidad, como si tales floraciones de dolor sólo pudieran existir al lado de la civilización más refinada.

España, que por la persistencia de su vieja moral católica en el espíritu de su pueblo, era como un bloque inatacable por las hordas del mal, ha ido cayendo poco á poco en el mismo vicio y por una dolorosa verdad nosotros ya no podemos achacar á Francia la inmoral ligereza de sus revistas ilustradas y de su teatro, porque la «sicalipsis» reina en España con carácter inconfundible y ciertas publicaciones peninsulares dan ciento y raya en insulsez é inmoralidad á los productos de ciertos talleres que en Alemania trabajan para la exportación.

Poco á poco España ha ido cayendo en el abismo de esa miseria moral, producto directo de aquella miseria material que al ocultarse acrecienta sus males y se convierte en el más desdorado de los vicios. Así, por ejemplo, el hecho de que en la prensa, hasta hoy tan respetuosa de la moral colectiva, se introduzcan ciertos avisos donde la miseria se oculta bajo la apariencia de vicio, dice con suma claridad el camino que también en España van siguiendo las formas de la moral. Bastará citar los siguientes avisos, aparecidos en *El Diluvio*, de Barcelona, no hace mucho, en un mismo día y que reproduzco, bastando esos detalles

para mostrar en toda su intensidad la fuerza del mal:

«Señora laboriosa, humilde y fiel, desea apoyo por primera vez de señor amable.»

«Joven de 25 años, con carrera, desea protección de señora ó señorita. Lista correos, talón número.»

«Señora joven, sola, desea protección de señor formal. (No se cobra comisión.)»

«Señorita joven, decente, desea protección caballero formal; de no ser así excusa presentarse.»

«Señorita modista, sola, deseo pequeño préstamo por mi negocio. Tienda postales.»

«Señorita bien parecida y trabajando en casa, solicita apoyo formal.»

«Señora joven, muy decente, formal é instruída, aceptará apoyo de señor serio.»

«Señora de 30 años, bien parecida, independiente, desea protección de caballero formal; pero con reserva.»

«Señorita bonita y simpática, desea estrecha amistad con caballero.»

Bastan esos simples datos, horribles en la escueta sencillez que presentan, para comprender la intensidad de la miseria, tanto moral como material, de un pueblo en el que la civilización florece, á la par que en obras de las más bellas del universo, en un doloroso contraste que es, quizá, equilibrio necesario á todo lo existente.

Miseria he dicho, aunque otros hablen de vicio; miseria repito, porque sólo la desesperación causada por la miseria puede empujar á un ser humano, cualquiera que sea su condición, cualquiera que sea su grado de educación, á exponerse en esa forma á las miradas y comentarios del mundo, rasgando el velo de la honestidad, para exhibirse

en la plaza pública esperando que el mayor postor autorice y disculpe ante nuestro mundo materialista el infame tráfico.

La miseria que se oculta no tarda en elevarse convirtiéndose en vicio, y es natural que así suceda, por cuanto no hay posibilidad de detener la corriente impetuosa de las necesidades humanas cuando ellas imponen su voluntad. La miseria desata los vínculos que unen el hombre á la vieja moral de las tradiciones y al dar la libertad destruye también los últimos obstáculos que se oponían á la satisfacción de sus deseos materiales.

Los más de los que se detienen á juzgar las acciones morales de los hombres suelen hacerlo desde un punto de vista hartamente deficiente, sujetos siempre á la tiranía del criterio bíblico del bien y del mal. ¿Por qué no ver en los hechos humanos, á la par que una necesidad material, impuesta por las contingencias del vivir contemporáneo en que sólo se presta atención á las exterioridades, una mal oculta ansiedad de ver, de sentir, y de pensar «nuevo»?

En la inconsciencia que ha llevado á muchos delincuentes puede verse no solamente el empeño grosero y egoísta de poseer aquello todo que es encanto de los ojos y regalo de la vida, posición, dinero, amor de la mujer, etc., sino el ansia espiritual de cambiar de horizonte, de ver cosas nuevas, de desdoblar la propia personalidad.

El criterio materialista introducido en la historia y de ésta pasado á la sociología es de pésimos resultados en la práctica, pues observando atentamente el hecho estudiado, yendo un poco más hondo, es posible llegar á comprender que muchos de esos actos que tan sencillos aparecen

en la materialidad de las causas motoras, quizá obedecen á muy ocultos móviles espirituales.

Lo que más generalmente se ha dado en llamar vicio, el tráfico humano, tan censurado por la pudicicia burguesa—lo que no obsta para que ésta sepa aprovecharlo en su beneficio,—no debe ser encarado perpetuamente bajo su faz material y grosera. ¿Cómo adivinar desde lejos el alma de la mujer que se rinde sin ataque y que en un momento de exaltación, ó quizá de frío cálculo, ha redactado el pregón de su propia venta? Yo, por mí, no me atrevería á juzgar de tal acto, pues no me bastaría la materialidad vulgar del hecho en sí mismo para determinar las obscuras y lejanas causas desconocidas.

El ansia de una vida en apariencia menos trabajosa, el deseo de obtener un poco de ese lujo que inunda nuestras calles y paseos, todo eso puede ser una causa; pero, como ésta existe aún para muchas personas que no se atreverán nunca á pasar el Rubicón de la moralidad, es preciso reconocer la existencia de otra, observable también en personas que sin carecer de medios materiales de vida, incurren en idéntica falta: el anhelo de lo nuevo.

Para las almas conturbadas por la miseria, nada que tiente con tanta intensidad como ese misterio con que se nos rodean las vidas ajenas, cuando al pasar por nuestro lado dejan en el aire la vaga estela de un perfume, de un son, de un fulgor, superando á las condiciones normales de nuestro vivir. Podrá fascinar la aparatosidad externa de los vestidos lujosos que deslumbran á la pobre menestrala; pero, en el fondo, ésta no anhelará aquellos vestidos y aquel lujo por el hecho vulgar de ser lo que es bajo un nuevo aspecto, sino que anhelará el conjunto total de lo que se ve sin acertar á definirse, con la exterioridad de los vestidos la interioridad del alma desconocida, que desde su

miseria se le antoja más llena de encanto y de gracia.

Hay un engaño en suponer que el delincuente—de la materia ó de la moral, poco importa,—come su delito por el delito en sí. Es esta una visión excesivamente reducida de las cosas, un criterio demasiado restringido para que pueda llegar á ser verdadero. La materia no se mueve sino bajo el impulso de lo espiritual y el espíritu no ejerce su influencia para dar todo el triunfo á la materia sin obtener por su parte ventaja alguna.

Hay algo más en las acciones de los hombres que la simple materialidad de la envidia grosera. El espíritu ejerce su acción para imponerse y triunfar en definitiva, dominando sobre la contingencia miserable de las acciones humanas.

En la miseria que postra á una gran parte de los seres, todo gesto de rebeldía, todo acto de libertación obedecen á la necesidad espiritual de elevarse, conquistando un poco de esa tranquilizadora florescencia de bondad y belleza entrevista en los demás. En la mujer que cede al asalto de sus deseos y se inclina sin resistencia, hay que ver una víctima de la miseria espiritual que anula y apaga lo más noble de la vida: la belleza de la carne femenina, entregada radiantemente á la insaciabilidad de las miradas, como una flor que perfuma bajo la gloria del sol.

Yo no quiero ver un síntoma de vicio ni una señal de degeneración en esas publicaciones que alarman el pudor de las viejas solteronas, donde una mujer, encubiertamente, lanza el pregón de su vida. Sólo en las grandes ciudades donde la civilización teje sus más bellas galas cabe esa plenitud de lo amoral. ¿Por qué no ver en ello un síntoma de elevación, quizá un producto, aun hoy desconocido para la mayor parte de los mortales, de esa misma civilización que todos anhelan?

Hemos visto á la cortesana triunfar é impo-

nerse en los grandes días luminosos de la Grecia, en Roma, en Francia, acompañando el encanto del arte más puro. Estrecha es la relación que ha existido entre el triunfo de la civilización más elevada y esa independencia de criterio que ha llevado á la mujer á libertarse de la miseria oculta, en un gran gesto dignificador de rebeldía desconocida.

En cambio, nunca ha sido la vida más triste que cuando la mujer ha cubierto su cabeza de ceniza y se ha envuelto en burdo sayal que la desexualizaba, aceptando el peso ominoso de la miseria material.

Sobre el amor

Paul Adam, ese gallardo luchador de toda buena causa, productor infatigable, autor de cuarenta magníficos volúmenes que continuarán la hermosa labor de Balzac y de Zola, acaba de publicar un libro de ensayos bajo el título sugestivo de *La moral del amor*, demostrando que al través de los años no ha dejado de ser por un momento aquel «espectáculo magnífico» que asombró á Remy de Gourmont. La impetuosidad bravía de su naturalismo, unida á la noble fantasía decadente, ha mantenido viva en él aquella fuerza que es su encanto y su poder. Paul Adam ha pasado por en medio del torbellino de las escuelas literarias, levantando muy en alto su bandera personal, haciendo obra propia, exclusiva, sin relaciones con ninguna de sus contemporáneas. Apenas si por lo macizo de la construcción y por el afán cíclico que le anima se acierta á ver que la potencia que animó á Balzac y á Zola dirige y encauza las acciones de ese artífice de la palabra escrita, cuyos días van amontonando esas dos epopeyas que se llaman *El tiempo y la vida* y *La Época*.

El ensueño cíclico del creador de *La comedia humana* y del padre de *Los Rougon Macquart* alienta en el espíritu de ese hombre joven, cuya tenacidad en el trabajo es un solemne desmentido á la tan proclamada decadencia de la raza latina. Paul Adam, como aquellos dos grandes construc-